

## DIÁLOGO V.

## EL ICARO MENIPO DE LUCIANO.

## ARGUMENTO.

*Bien muestra el Filósofo en este Diálogo su grande ingenio, pues con una aguda invencion pinta tan doctamente los deseos, estudios, esperanzas y ocupaciones de los hombres, procurando con exemplos y ficciones persuadir á los mortales los defectos de la vida, su corta duracion y consistencia, y el poco aprecio que se debe hacer de bienes tan falibles. De las opiniones diversas de los Filósofos, burla donosamente averiguando que el mas dilatado saber humano está sujeto á mil engaños y falacias, quando se aparta de la verdad eterna. Condena por tiempo perdido la ocupacion de los matemáticos, adivinos y judiciarios; estudios que suelen causar tanto daño en los mayores discursos, por estar sujetos á tantas mentiras y supersticiones, sin ser de provecho para alguna accion loable. Finge que cansado un hombre de oír en la tierra dudas y opiniones diversas entre los mas doctos, y ignorando la certeza de lo que ellos mismos enseñan, quiso ir al cielo á saber la verdad del mismo Júpiter, y al fin como otro Icaro voló tantas distancias, y se halló entre los Dioses, adonde le enseñan grandes cosas que él á la vuelta cuenta á un amigo suyo. Por lo docto, gracioso y importante merece ser leído este discurso, adonde ballará la enseñanza humana grandes caminos para el aprovechamiento propio, para el desengaño de quanto en esta vida nos apar-*

*ta de merecer gozar la eterna, y finalmente reprehende los vicios con aspereza.*

## MENIPO Y SU AMIGO.

*Menip.* De manera que hay casi tres mil estadios desde la tierra á la esfera de la luna, y desde allí á la del sol hay quinientas parasangas (1), y desde este cielo hasta el de Júpiter, constituido sobre todas las esferas, hay la distancia que en un dia podrá volar un águila holgadamente. *Amig.* Por las tres gracias te ruego, Menipo amigo, que me digas qué estás hablando entre dientes, y tan divertido, contando por los dedos de la mano; porque ha mucho que te sigo, y te he oido nombres exquisitos, soles, lunas, estadios, esferas y parasangas; vocablos y cuentas que no entiendo. *Men.* No te espantes de oirme hablar de esas cosas, y que me remonte á los ayres, y tase las distancias de los cielos, que estoy recapacitando la suma de una peregrinacion que ha muy pocos dias que hice. *Amig.* Sin duda que imitando á los Fenices, has estudiado el curso de las estrellas. *Men.* ¿Yo habia de hacer locura semejante? Tan errado anduviera yo como ellos, pues no acertando á conocer en la tierra lo que miran, quieren presumir de entender en el cielo lo que jamas han visto: mas certeza tiene mi discurso. Yo amigo, no estudié por las estrellas, por ellas mismas anduve peregrinando, los signos hollé con estas plantas, estas manos midieron las magnitudes de los planetas, paseeme por la Eclíptica, estuve en el Zodiaco, y ví los ma-

(1) Un estadio tiene 135 pasos. Una parasanga 30 estadios: es medida de Griegos y Persianos.

yores secretos de los cielos. *Amig.* ¡Válgame Dios y que de ello debes de haber dormido, pues sin sentirlo has andado tantas parasangas, y medido estadios tan innumerables! *Men.* Bastantemente me afrentas, pues juzgas que digo sueños vanos, que te divierto con apariencias fabulosas, con cuentos sin fundamento, siendo certísimo que ha muy poco que me ví en la presencia del Dios Júpiter, y que anduve la distancia que te he dicho. *Amig.* ¿Qué es aquello que me cuentas, Menipo amigo? Tú has subido á las estrellas? tú visitaste al mismo Júpiter? tú has caído agora del cielo? *Men.* He hecho quanto dices, y he visto quanto te he dicho: es sin duda que yo soy el mismo que estuvo en los palacios de Júpiter, adonde he oído cosas admirables, secretos importantísimos y maravillas raras: y no pienses que me agravio de que no creas mi dicha, porque ella ha sido tan grande, que no cabe en la corta capacidad de hombres plebeyos, de entendimientos vulgares que de todo punto ignoran la grandeza de esta feliz ventura. *Amig.* La cosa de sí es dudosa; Olímpico Menipo, no te espantes que se dude; si bien es así, que yo te doy entero crédito: porque ¿cómo puedo yo dudar, hombre humano y terrestre, de que no dice verdad un varón como tú eres, que ha tenido poder para volar sobre las nubes, y que conforme á lo que de estos tales dice Homero, has sido por algun tiempo morador y vecino de los cielos? Mas si no te enfadas, te suplico que me digas cómo subiste tan alto, ó donde hallaste tan altas escaleras; porque no eres tan hermoso que te haga Júpiter el favor que á Ganimedes Frigio, y que puedas persuadirnos

á que arrebatado de alguna águila, fuiste llevado al cielo, para heredar su mismo oficio. *Men.* No me tengas por tan boquirubio, por tu vida, que creas que ya no entiendo que te estás burlando de mí en quanto dices; y no me espanto, si la novedad de mi peregrinacion te ha parecido fabulosa: por tu vida que la creas, y que para subir al cielo no es necesario escaleras, ni necesita de alas de águila quien las tiene propias, ni que haciendo nube de sus uñas como al otro mancebo, le traslade á la region lustrosa. *Amig.* Lo que dices ahora me maravilla mas que todo; porque á mi parecer vence á la hazaña del ingenioso Dédalo; porque demas de esotras novedades que me cuentas, me parece que de hombre te has transformado en grajo ó en milano, pues que tienen alas, y has hecho tan grande vuelo. *Men.* Ahora has hablado con donayre, y no fuera de propósito; porque te afirmo que quise ser Dédalo segundo, y buscar alas con que vencer los vientos. *Amig.* Notable cosa: pues dime hombre atrevido, ¿no temiste ser exemplo segundo del castigado Ícaro, cayendo en alguna parte del mar, á quien por tu muerte llamáramos el piélago Menipeo, conservando en tu desdicha fama eterna, como la tiene el Icaro? *Men.* Nunca me persuadí á tamaña desventura: porque si la padeció Ícaro, fué porque teniendo las alas pegadas con blanda cera, con el calor del sol se derretieron facilmente, y cayéndosele las plumas, claro estaba que él no se podía sustentar sin ellas sobre el viento: yo iba seguro de ese daño, porque mis alas no llevaban cera alguna. *Amig.* Mucho mas me admiras quanto mas de espacio te oigo, tanto que casi me determino á creer por cosa

cierta la que todo el mundo tuviera por dudosa: dime cómo fué ese vuelo, por tu vida? *Men.* Escucha que ya lo digo: tomé una águila muy grande y un crecido buytre, y cortándoles las alas muy á raiz del pecho:: Mas porque es suceso largo, si acaso estás desocupado y ocioso, quisiera que nos sentáramos, oirás maravillas de mi boca. *Amig.* Nada tengo que me estorbe á oírte cosas tan nuevas; y quando no estuviera tan desocupado, desterrára todos mis cuidados por gozar con quietud de tan buen rato: mira si estoy deseoso de saber el fin de este suceso: dímelo como ha pasado; y por Júpiter Pilio te suplico que si yo me suspendiere con aquestas maravillas, y colgado de tu voz, me levantara volando, tengas cuenta de acudirme, porque no me caiga en tierra, que temo que haga conmigo este efecto la imaginación de tus felices vuelos. *Men.* Pues escúchame seguro, y oirás cosas gustosísimas.

Consideraba yo un día la variedad y mudanza de quanto en la mortal vida llamamos los hombres bien, descanso y dicha; y ayudado de la experiencia de muchas cosas, vino á descubrir mi conocimiento que es todo vanidad, inconstancia, inestabilidad, sueño y engaño. ¿Qué piensas tú que son los mas preciosos tesoros, los mas gloriosos imperios, el gusto mas deseado, la mocedad mas lozana, la salud mas fuerte y la mas larga vida? Sueño incierto, engaño claro, viento leve, imaginación que pasa, y bien que desaparece: en nada hallé felicidad, buscándola en quanto via. Este desengaño tuvo valor y poder para apartar mi deseo de tan inciertas esperanzas, de tan falsos cumplimientos, y aplicando de todo punto  
mi

mi conocimiento á cosas superiores, altas y de dura, procuré animoso salir de las tinieblas de estas dudas, y levantar la contemplación al estudio de las cosas celestiales, á la naturaleza y duración del universo; porque nunca habia podido averiguar en nuestros filósofos el principio de aquesta grandiosa máquina, quién habia sido su fundador, y qué fin le estaba determinado; y aunque ansiosamente habia procurado lo cierto de esta duda, mientras mas consultaba á los que pensaban que la sabian, mas ciego y mas dudoso me dexaban: veia esparcirse las estrellas por ese diafano elemento sin orden determinado, sin asiento fixo, y que hallaba quien defendia que sabia los nombres de cada una, pareciendo desde la tierra innumerables, y no habiendo ido al cielo el que se gloriaba de que las habia contado. Tambien deseaba saber qué cosa fuese este sol, que lleno de gloriosos esplendores alumbra el dia, y vivifica á todos los vivientes: juzgaba los accidentes de la luna, aquellos crecientes y menguantes (si bien por admirables y divinos) sin orden y concierto, teniendo por causa muy secreta la que obligaba á este planeta á tantas mutaciones y accesos: dábame admiración notable el esplendor brillante del relámpago, el estrépito confuso de los truenos, la diversidad de lluvias, granizo, nieve y yelo que despiden las nubes, y cae en la tierra tantas veces: no sabia yo de adonde nacia la diversidad de cosas tales: así me parecian dificultosas, y mi imaginación y discurso del todo incapaces para comprenderlas ni alcanzarlas; hallábame atormentado de estas dudas, picando la misma confusión á mi deseo; de manera que para sa-

lir del cruel tormento que sobre esto me inquietaba, tomé por remedio el consultar los mayores filósofos que conocia, y aprender de ellos las causas y naturalezas de estas cosas, pareciéndome que ellos solos las sabian, siendo aplaudidos de todos por su ciencia, y estimado su saber de quantos los conocen. Informéme de los mas doctos, y entre los que tenian mayor opinion acerca de las gentes, escogí los que me parecieron mas sabios, conjeturando su ciencia por la gravedad del rostro, la austeridad del vestido y el color amarillo de la cara, la barba larga y copiosa, el desprecio de preciosos adornos, la pública detestacion á los regalos, el retiro á los entretenimientos, el aborrecimiento á todo vicio, y á las muestras exteriores que tenian de virtuosos y castos: calidades que muchas veces cubren varones excelentes, y muchos hipócritas fingidos, costumbres depravadas y rotas vidas: verdaderamente que qualquiera de estos daba muestras admirables de su prudencia, y mostraban con doctos razonamientos, y con sentencias admirables que tenian bastante conocimiento de todas ciencias, dando á entender, que no se les escondia cosa de las celestiales ó terrestres. Alegre me puse en manos de algunos de estos, sujetándome en todo á su doctrina y enseñanza, y gastando muchos dineros en regalarlos, ya dándolos crecidos estipendios por el cuidado de enseñarme, ya procurando regalos exquisitos para tenerlos contentos, porque no me encubriesen nada de lo que sabian; que no hay tormento mas apretado para decir secretos que el que se dá con peso de oro: del todo me entregué á semejantes vanidades, sufriendoles soberbias, y hin-

cha-

chazones á trueco de saber de una vez la disposicion del universo. Mas despues de mucho gasto, y muchos dias eché de ver claramente que sabian ellos mucho ménos que yo de todas cosas, y que en lugar de sacarme de mi necedad antigua, me metian en otras no menores, ofuscándome el discurso con variedades cansadas, con quæstiones dudosas, proposiciones inútiles, proponiéndome términos inteligibles, modos ignorados, principios no sabidos, fines inciertos, tantos átomos, vacíos, llenos, silvas, ideas, y figuras con que despues de haberme quebrado la cabeza, ni yo les entendia, ni ellos sabian entenderse: cada uno sacaba términos nuevos, lenguages no entendidos, y yo pienso que era mas para encubrir su ignorancia con aquel exterior boato, con aquella loquacidad soberbia, que no porque supiesen lo que hablaban. Lo que mas me congojaba de unos, y otros era, que no pudiéndose ellos conformar en sus opiniones, y enseñando cada uno cosas diversas en una materia misma, querian que yo les diese á todos crédito, y cada uno esforzaba su sentencia, y me martirizaba porque la siguiese, jurándome que aquella sola era la verdadera. *Amig.* Notable cosa me cuentas, y agena de la opinion que de sabios tienen los tales adquirida, pues parece que ignoran todos, quando en un caso mismo no hay ninguno que apruebe el parecer del otro. *Men.* Pues muriéraste de enfadado, si vieras su arrogancia y el atrevimiento y desvergüenza con que hablan unos de otros, y la soberbia con que enseñan lo que ignoran. *Amig.* No sé en qué se fundan estos desvanecidos y menguados, pues no siendo mejores que los otros

V 2

Y

y sabiendo mucho ménos que algunos, y quiza siendo mas ciegos que todos (porque con la mucha vejez deliran los mas de ellos de ordinario, y con la sobrada ignorancia no aciertan nunca) son tan desvergonzados que se atreven á querer parecer oráculos de toda ciencia, los maestros de toda erudicion y los exemplos de toda accion científica y loable: piensan que solos ellos alcanzan la verdad de quanto se conoce, dando á entender, que saben los términos al cielo y á la tierra, que han medido la grandeza del sol, y que pueden especular los secretos que estan sobre la luna. *Amig.* De eso tienen ellos la ménos culpa, Menipo mio, porque el mismo aplauso que les hacen les desvanece á esas soberbias y locuras. *Men.* ¿No es cosa digna de risa, que querian estos tales con su delicado ingenio, con la agudeza de su juicio explicar la grandeza y forma de las estrellas, dividiendo sus órdenes y magnitudes, como si las hubiesen medido á palmos, y hubiesen nacido allá en los cielos? y es lo lindo, que ignorando los cuitados las leguas que hay desde Atenas á Megara, tienen osadía para afirmar que saben cuántos codos hay del sol á la luna, y la distancia de un cielo al otro. ¿Hay cosa mas graciosa, que verlos medir muy justamente la altura del ayre, la profundidad del mar, y el circuito de la tierra, afirmando que no hay átomo mas de lo que dicen? Pues unos círculos que pintan, unos indivisibles, unos puntos, unas líneas terminadas, unas distancias finitas, unas figuras diversas, una oposicion de ángulos, y quadrángulos, accesos y recesos, de cuya barahunda constituyendo unas esferas de palos pintados ya curvos y ya rectos, pre-

sumen medir los cielos, y hallar la capacidad de sus distancias por la cortedad de tales globos. Y siendo así que hablan en esta materia de cosas tan inciertas, ningunas proponen como si las supiesen por conjeturas ó razones, sino las defienden y afirman con tal certeza, que quieren en todo parecer solos los doctos, ayrándose grandemente quando les replican á sus falacias, ó quando les refutan sus argumentos: solos piensan, que son los que saben: á los demas les tienen por ignorantes y necios; y con soberbia loca, con presuncion hinchada juzgan por brutos á los mas entendidos, por indoctos á los mas sabios, y á los que pueden servirles de maestros, aun no quieren tenerlos por discípulos: y á tales términos llegan sus contiendas que se atreven á afirmar con juramento que el sol es una masa cándida y transparente, que la luna es cuerpo habitable, que las estrellas beben agua, atrayéndosela el sol de los vapores del mar, como se saca la de un pozo con el carrillo, caldero y sogas, y que las da de beber á todas por su orden. Mira por vida tuya qué locuras. Pues la grande que encierra la contrariedad de sus palabras ¿cómo facilmente podrá decirse, aunque de ellas no es muy dificultoso conocerse? Á fe mia que te he de contar algunas proposiciones y opiniones de estos que se juzgan por mas doctos, para que consideres cuánta diversidad encierran sus pareceres, determinados todos para la inteligencia de un caso mismo: y así Júpiter te sea favorable, que atiendas á sus locuras, pues sabrás por lo que te dixere conocerlas, para poder mejor huirlas.

Del mundo quanto á lo primero, tienen

varias opiniones (1): unos dicen que de nayde fué engendrado, y que no tendrá fin eternamente: otros sienten lo contrario, y han presumido dar autor á esta gloriosa máquina, atreviéndose á decir el cómo fué fabricado, y la órden que tuvo en componerle quien dicen que le dió ser primero. Y yo te confieso, amigo mio, que á estos segundos tengo yo en mayor veneracion que á los primeros, siendo así que defienden cosa grande, porque constituyen un Dios solo, poderoso, sabio y fuerte por autor y criador de todas las cosas, y no se atreven á decir en qué lugar estaba este Señor glorioso, ni de donde habia salido quando fabricó quanto criado vemos: porque si es cierto que ántes de la creacion y principio del universo ningun lugar ni tiempo puede imaginarse, dificultoso será decir á donde estaba este Señor supremo, si ya no es, que estuviere en su grandeza misma, en su poder grandioso y en su extension sacrosanta, ocupando todo lugar su incomparable grandeza. *Amig.* Cierto que me espanta mucho lo que me cuentas, de los atrevimientos de esos doctos: júzgolos por atrevidos sobradamente, y con presuncion de ser autores de cosas monstruosas. *Men.* Mucho mas te espantarías si supieses lo que los tales se atreven á decir de las ideas, de las cosas incorpóreas, de las ficciones fabulosas y vanas, y lo que se dexan mentir en la explicacion del finito y infinito (2); porque sobre cosas tan ignoradas de todos, pelean unos con otros tan fuertemente, que resultan

(1) Opiniones de algunos filósofos, declarando lo que es mundo.

(2) Opiniones de lo finito y infinito.

batallas grandes, enemistades y desconciertos á que la razon no sabe poner freno: tales de ellos constituyen unos términos, unos límites determinados á donde incluyen y encierran todo el universo junto: otros dicen que no hay término tan alto que incluya dentro de sí sus capacidades y distancias: hallarás unos que prometen hacer demostracion de muchos mundos, contra otros que afirman no haber mas que uno solo: otros defienden cosas particulares, dando materia de risa á quantos los escuchan. Mira si es gracioso lo que afirmaba uno de estos, que porque él no debiera de ser muy amigo de paz, y tenia un natural inquieto y revoltoso, decía que la guerra habia dado principio á quanto habia en el mundo, y que de ella nacia la cantidad innumerable de individuos que tienen ser y vida. Pues de los Dioses ¿tienen pocas opiniones? Unos dicen que Dios era un cierto número: otros extienden tanto el de las Deidades que imaginan, que tienen por Dioses inmortales á los perros, á las ánades y á los plátanos; y contra aquestos no faltan otros que niegan tan gran número, y confiesan un Dios solo, atribuyendo á éste el gobierno y imperio de las cosas; y esto lo afirman con tales razones, tal eficacia y evidencia que á mí me causaba dolor y lástima ver la falta y pobreza de Dioses de este siglo: no lo sentian así otros mas liberales, pues constituian tantos Dioses, que para cada cosa deputaban el suyo: estos repartian graciosamente el poder y grandeza de los que juzgan por divinos, porque entre topas á uno tenían por Dios supremo, y le llamaban principal y primero en órden á los demas, y á éste le atribuian la divinidad entera,

ra , y á los demas demediada , á quales ménos y mas partes , como los imaginaban poderosos ó auxiliadores de los hombres. Mira qué locura tan graciosa , pues como si tuvieran la divinidad en su mano , así la dividen y reparten , haciéndola unos corpórea , y otros imaginándola sin cuerpo : ni todos se persuaden á que los Dioses tengan el gobierno de los sucesos de los hombres , ni que corran por su cuenta las disposiciones , el orden y concierto de este mundo : porque muchos de estos filósofos los juzgan libres de tan penosos cuidados , jubilándolos de trabajos tan ordinarios , como nosotros hacemos á los ancianos y enfermos que han servido mucho tiempo á la patria , á quienes sustenta la República sin ocuparlos en nada : tal los Dioses en la opinion de aquestos doctos ; porque nos los pintan de la misma suerte que se introducen en las comedias las personas armadas que ni han de salir á la pelea , ni sirve aquella demostracion de mas que de ornato público , sin poder , valor ni substancia. Todos estos filósofos , aunque en todo van errados , hallan disculpa conmigo , pues para quanto me dicen , muestran algun fundamento , que falso ó verdadero los engaña y divierte , para defender cosas tan nuevas. Pero no me hartara de castigar cruelmente á muchos de aquestos sabios que con sobrado atrevimiento creen que no hay ningun Dios en cielo y tierra , dexando al mundo en su mismo alvedrío ( como si quien no tiene cuerpo le tuviese ) suspenso de sí mismo , sin señor que le criase , sin caudillo que le defendiese , ni juez que le gobernase. *Amig.* Grandes locuras me parecen todas ; mas esa , sobrada desvergüenza y atrevimiento. *Men.* Pues has de saber que

que quando yo les oí á tantos , y quando alcancé la contrariedad de sus opiniones , estaba confuso en gran manera : porque no dar fe y crédito á varones tan científicos , á los que tenían opinion de tan doctos , parecíame poca cordura , y por otra parte hallaba gran dificultad en conocer quién de ellos se engañaba , supuesto que unos á otros se contradecian , y que cada uno defendia su opinion por verdadera : venia en aquestas confusiones á experimentar por verdadero lo que Homero dice , que muchas veces á lo que incita y anima la voluntad para que se crea , lo disuade la razon y el entendimiento. Hallándome atormentado con dudas tan importantes , vine á resolverme á que era imposible hallar la verdad de ellas en la tierra , ni conocerlas perfectamente como yo deseaba , y hallé solo un remedio para cumplir mis deseos , y para conocer de una vez lo cierto de estas confusiones , y fué buscar unas buenas alas y ponérmelas bien puestas , y volar yo mismo al cielo y saber de una vez la verdad de todo , pues tan ofuscada estaba en la tierra con la ignorancia de los que se tienen por sabios. Dudo-  
sa jornada me pareció al principio , inaccessible camino ; mas mi mismo deseo me animaba bastante , que muchas veces el ay y la imaginacion hacen obras admirables , y el haber leído en las fábulas de Isopo que las águilas y los escarabajos muchas veces han podido volar hasta el cielo. Fiábame yo de aqueste engaño , y así deseaba algun acontecimiento para que á mí me nacieran unas alas ; mas parecióme cosa tan imposible , como que los filósofos supiesen desde la tierra la cuenta de las estrellas. Parecióme á mí que si me pusiese al-

gunas alas de águila ó de buytre (que éstas solo podrian mejor quadrar con la proporcion del cuerpo humano) sin duda volaria seguro, y me saldria muy bien mi experiencia. ¿Quántos, decía yo, en el mundo han volado sin alas con tan solo una pluma, hasta subirse sobre todos, estando en el mas baxo puesto de la tierra? Pues yo con tantas ¿cómo podré perderme por los ayres? Con esta determinacion busqué una águila y un buytre: á éste corté la ala izquierda, y á aquella quité la derecha; y despues acomodándolas en ambos hombros, las até firmemente con unas cuerdas, colgando en el fin de las plumas unas aletas pequeñas por donde metí los brazos hasta ajustar unas con otras: luego quise hacer la experiencia de mis vuelos, y lo primero saltando unos grandes saltos, ayudándome con las manos para tomar mas ayre, me levantaba volando tan poco alto, que casi tocaba con la punta de los pies el suelo: quando ví que me salia tan bien la invencion alada, atrevíme á mayores distancias, y volando sobre una torre, me eché de ella abaxo hasta caer en el teatro: quedé diestro páxaro en extremo: no diera ventaja á la paloma mas ligera: es gustosísima cosa este exercicio: por tu vida que le pruebes. Ví que sin peligro alguno le hacia, y así animé el vuelo á mas gloriosas empresas: volé desde Parneto ó Hy-meto hasta la Granca, desde ésta al Acro, Corinto y Taygeto, y exercitado en estos vuelos vine á conquistar grandiosas aventuras; y hallándome en el arte del volar maestro consumado, no temeroso qual los polluelos de los páxaros, me animé á mayores cosas: volé sobre el monte Olimpo, y sustentándome allí

con viandas muy ligeras, empecé á volar derecho al cielo.

Al principio yo confieso que se me turbó algun tanto la cabeza por la profundidad que abaxo veia; mas al fin hecho á las armas, ó por mejor decir, hecho á las alas, vine á tolerarlo facilmente: con ligereza atravesé las nubes; y quando ya estaba cerca del cielo de la luna, confieso que me hallé muy fatigado, porque se me descompuso el ala izquierda, que era la del buytre, y estuve cerca de perder por una ala lo que con dos habia ganado: dime priesa á llegar á la casa de la luna, y sentándome allí un poco, tomé aliento, y procuré descanso. Contemplaba yo la tierra desde aquella excelsa altura (bien así como lo hacia aquel Júpiter Homérico) mirando ya unas veces á Belacio, region de los de Tracia: otras veces á los Mysios, quando á la India, quando á la Grecia y á la Persia y á otras regiones, de quienes tenia noticia. El gusto que recibí en ver tantas diversidades, no sabré yo encarecerlo: solo hallaron conmigo disculpa desde entónces, los que se desvelan para ver las acciones del amigo, para saber los agenos secretos; porque es tan dulce cosa saber novedades, que no se puede culpar qualquiera exceso; si bien es así, que son dignos de castigo quantos hay entre los hombres en esta parte. *Amig.* Así vivas, Menipo mio, que me cuentes quanto viste; porque si el desear saber es tan agradable, ya habrá hallado contigo disculpa mi deseo; porque el grande que tengo de saber todo el suceso de tu peregrinacion, y lo que viste en camino tan poco andado de los hombres, disculpa qualquiera atrevimiento: espero de tu bo-



ca cosas admirables, y así colgado de tus palabras, me llevas suspensa el alma por saber la forma de la tierra, las admiraciones y grandezas del universo, y lo que á tí te parecían, mirándolas de puesto tan levantado. *Men.* Deseo en todo complacerte, porque consideras tan sabiamente particulares tan raros, que tengo propósito de no encubrirte alguno: y por tu vida que mientras te contare esta peregrinacion famosa que me acompañes atentamente: porque no sea menester desandar lo andado, repitiendo una cosa muchas veces. *Amig.* Bueno es eso para mis deseos: no te perderé palabra, aunque dixeras tantas como son las estrellas que pisaste. *Men.* Pues digo que desde el cielo de la luna miré la tierra atentamente, y al principio me pareció tan pequeña, que la juzgué por mucho menor que la luna, junto á quien estaba yo asentado: espantado de esta novedad, volví á abrir los ojos, y con todo eso dudaba la parte á donde podrian estar los montes que desde el suelo habia visto yo tan altos, y el mar que sabia que era tan anchuroso: nada en fin se distinguia desde aquella altura, y á no haber visto yo ántes el gran Coloso de Rodas, y el Faro, torre famosa y sublime, de ninguna manera conociera á donde estaba la tierra: mas como estas dos cosas sobrepujaban eminentes al globo que divisaba, vinele á juzgar por ellas y por los reflexos del sol, que reverberando en el mar Oceano, hacian resplandecer sus aguas, y por esto conocí que era la tierra la que veia: despues que la hube distinguido con la vista, empezó á manifestárseme claramente la vida y exercicio de los mortales, no solamente las na-

ciones, villas y ciudades, sino el trato de las gentes, las ocupaciones de los hombres, los que navegaban varios mares, los que peleaban en diferentes guerras, los que labrando la tierra, la forzaban á copiosos frutos, los que en pleytos y litigios gastaban hacienda y tiempo: ví á las mugeres en sus ocupaciones varias, á los animales y sierras en sus montes y despo- blados, y finalmente á quanto en la tierra vive. *Amig.* Dos famosas contrariedades me has afirmado en poco tiempo: paréceme que si no te enmiendas, que has de perder el crédito conmigo, y yo el gusto con que te sigo por los cielos: porque oír mentir sin traza, sin ingenio y sin cordura, volverá loca á la mayor del mundo: poco ha que andabas buscando la tierra atentamente, y la juzgaste tan pequeña que á no conocer por pasadas conjeturas el Coloso, no te atrevieras á distinguirla desde el cielo; y en un instante vuelto lince divisaste las ciudades, viste los pueblos, los hombres, sus tratos y ocupaciones, las fieras en sus cuevas y las aves en sus nidos: párdiez, Menipo, que para ciego viste mucho, y para con ojos viste poco. *Men.* Colérico eres, amigo, todo quieres que lo diga junto: vamos por tu vida poco á poco, que tenemos que andar grandes jornadas; aunque si va á decir verdad, tú me advertiste á muy buen tiempo, porque me habia olvidado de decir, cómo ví tanto. Has de saber que despues de haber conocido la tierra con no pequeño trabajo, de ninguna manera podia discernir cosa de quantas tenia, ni ver distintamente las grandezas que encerraba; porque la mucha altura me quitaba la vista de los ojos, causábame gran fatiga, y juzgaba por